

Sin lectores, no hay economía naranja

RICARDO TAVARES LOURENÇO

El autor nos ofrece, en primer lugar, una síntesis conceptual de lo que significa hoy día la llamada “economía naranja” y, desde ese concepto, fija su atención en los quehaceres culturales como el sustento de esta idea novedosa. Finalmente, el ensayo se centra en la producción editorial y su industria. También se refiere a la creatividad como la materia prima de la economía naranja.

“ Si la Universidad Central de Venezuela cierra, nosotros también”. Estas palabras tan lapidarias me las dijo una encargada de la librería Fondo de Cultura Económica hace unos veinte años, cuando yo estudiaba Letras en la UCAB. Era lógico: los principales clientes éramos profesores, investigadores y estudiantes, pues sus libros versaban sobre temáticas que el mundo académico suele consumir: derecho, filosofía, antropología, literatura, lingüística, sociología, arte, historia, entre otros. Por lo tanto, sin universidad, no habrá cursos que congreguen a las personas para aprender, debatir y producir conocimiento nuevo, y, en consecuencia, tampoco la necesidad de adquirir libros, visitar bibliotecas para leerlos o consultar Internet para revisar siquiera sus versiones electrónicas.

Ese día que me plantearon aquella terrible sentencia entendí cómo funciona la “economía naranja”. Así que, en este ensayo, además de demostrar el peso que tiene el libro como catalizador de los quehaceres culturales, pretendo dejar clara la imperiosa necesidad de formar

lectores, no como meros compradores de libros, sino sobre todo para hacer de ellos futuros creadores. Es una tarea pendiente sobre todo en una Venezuela ocupada más en sobrevivir que en cultivar su mente.

LA ECONOMÍA NARANJA: PUNTO DE ENCUENTRO ENTRE LAS HUMANIDADES Y EL SECTOR PRODUCTIVO

Desde el año 2013 se viene hablando de este concepto, que Felipe Buitrago Restrepo e Iván Duque Márquez, en su libro *La economía naranja: una oportunidad infinita*, definen como “... el conjunto de actividades que de manera encadenada permiten que las ideas se transformen en bienes y servicios culturales, cuyo valor está determinado por su contenido de propiedad intelectual”. Los autores le asignaron este color por estar asociado a la cultura, a la creatividad y a identidad en diversas civilizaciones a lo largo de los siglos. Buitrago y Duque sostienen que hay cuatro grandes grupos que abarcan áreas muy diversas:

AGENDA PÚBLICA

- *Industrias culturales convencionales*: editorial, audiovisual, fonográfica.
- *Artes y patrimonio*: artes audiovisuales, artes escénicas y espectáculos, turismo y patrimonio cultural e inmaterial, educación artística.
- *Creaciones funcionales, nuevos medios y software*: diseño, publicidad, *software* de contenidos, moda – *prêt-à-porter*, agencias de noticias y otros servicios de información.
- *Áreas de soporte para la creatividad*: investigación, desarrollo e innovación creativa y cultural, educación creativa, formación técnica especializada, gobernanza (institucionalidad) y derechos de propiedad intelectual.

Ingeniería, Economía, Administración, Turismo o Derecho. Conviene recordar esto en tiempos en que las humanidades son minusvaloradas por ciertos grupos sociales, porque asumen que son para diletantes y nada rentables.

Solo quien lleve gríngolas puede asumir esta última creencia como cierta. Las humanidades son el jugo de la economía naranja. Tengo la firme convicción de que, sin su aporte, la sociedad se vuelve indolente e indiferente a su entorno, se convierte en masa que se retroalimenta de la mediocridad, aplaude antivalores y, en consecuencia, se degrada hasta ser desalmada. La tecnología sin humanidades se convierte en el altavoz de la manipulación, de la falsedad y del mal gusto. La frivolidad reinante en el ocio moderno es como la comida chatarra: sacia el hambre, pero no nutre. Por lo tanto, sin humanidades, la economía naranja pierde su esencia, pues no la impulsarían mentes creativas y pensantes, sino robots –y, atención, no me refiero a la inteligencia artificial únicamente.

Siguiendo la metáfora de la economía naranja como un país, me detendré en una de sus provincias: la industria editorial. Este sector abarca un gran espectro de productos constituido por libros, folletos, periódicos, revistas y publicaciones digitales, y, además, concentra los esfuerzos de todas las profesiones antes mencionadas para la divulgación de la cultura. Ante lo efímero de otras manifestaciones artísticas, lo escrito es lo que perdura. Pero –y esto parece contradecir lo que acabo de afirmar– reproducir millares de libros que no se leerán resulta frustrante, pues todo el esfuerzo material, financiero y humano que hizo falta para escribirlos, editarlos, corregirlos, diagramarlos, imprimirlos, distribuirlos y venderlos acaba siendo vano al no cerrarse el círculo productivo. He sido testigo de ver libros en los basureros incluso con su envoltorio plástico intacto, es decir, que desde que salieron de imprenta jamás fueron abiertos ni tan siquiera para hojearlos. Contemplar esto es tan doloroso como ver un pan que no alimentó a alguien.

Por ello, es clave la formación de lectores, porque no solo con ellos se cerrará el círculo productivo, sino que la lectura estimulará tanto nuevos libros como ideas para nuevas obras de

La frivolidad reinante en el ocio moderno es como la comida chatarra: sacia el hambre, pero no nutre. Por lo tanto, sin humanidades, la economía naranja pierde su esencia, pues no la impulsarían mentes creativas y pensantes, sino robots –y, atención, no me refiero a la inteligencia artificial únicamente.

Según Buitrago y Márquez, si la economía naranja fuera un país del mundo, sería la cuarta economía del planeta, el noveno mayor exportador de bienes y servicios y la cuarta fuerza laboral. De manera que no es poca cosa lo que estamos abordando. Para muchos países, este concepto puede representar una alternativa enriquecedora para impulsar el desarrollo humano y, de este modo, no ser dependientes de la economía de puertos, caracterizada por vivir única y exclusivamente de rentas petroleras o mineras.

Si nos damos cuenta, en todas las áreas enumeradas participan en esencia profesiones humanísticas, pues son las encargadas de la producción del contenido desde diferentes aristas: Letras, Comunicación Social, Filosofía, Educación, Idiomas Modernos, Historia, Ciencias Sociales, Artes Plásticas, Diseño Gráfico, Diseño de Modas, Danza, entre muchas otras, que trabajan de forma mancomunada con profesiones técnicas y aplicadas como Arquitectura,

ingenio que, a la postre, engranarán la gran maquinaria de la economía naranja. ¿Pero cómo? Veamos.

LOS MEDIADORES DE LA LECTURA: LOS INFLUENCERS DE LA ECONOMÍA NARANJA

Un lector no se forma solo. Aquí se aprecia de forma tajante el peso que tienen los mediadores de la lectura: aquellas personas que nos dicen qué leer, quienes pueden ser nuestros padres, familiares o amigos, y sobre todo los maestros y profesores. Accedemos a ciertos periódicos, revistas, autores o títulos porque nos obsesaron un ejemplar, o nos pidieron investigar en la biblioteca, o lo hallamos en la sala de espera de un consultorio médico, o simplemente porque era el libro de texto de la materia en el colegio y tocaba comprarlo. En ocasiones una persona ve en nosotros un perfil, orientación o gusto, y nos escoge un libro o una lectura específica. Esto me ha sucedido muy a menudo, sobre todo con amigos y profesores, pero relataré una anécdota muy significativa para mí: cuando apenas tenía un añito de edad, mi papá compró *Lello Universal*, una enciclopedia en portugués de dos tomos editada por Lello & Irmão, además de una edición de lujo bellísima conmemorativa de los cuatrocientos años de la epopeya portuguesa *Os lusíadas*, también publicada por la misma casa editorial. Mi mamá, al ver esos libracos, le increpó: “¿Y para qué compras a Camões y esos libros, si nadie los va a leer?”, a lo que mi papá le replicó: “Ve tú a saber si a este niño que está por aquí algún día le interese estos libros y los lea”. ¡Acertó! Los usé muchísimo en bachillerato y, de hecho, son mis mayores tesoros.

Si un familiar o conocido es ávido lector, aunque no nos diga nada, nos despertará esa inclinación tarde o temprano, como en efecto lo hizo una tía muy entrañable para mí, Flora, quien leía una serie coleccionable de relatos ilustrados, entre ellos las *Fábulas de Esopo*, una de las obras favoritas de mi infancia. O el caso de un honorable señor que trabajó hace muchos años en la panadería de mi padre despachando café, de nombre Carmelo, quien me aseveró esto cuando yo era niño: “Una maes-

tra debería tener una biblioteca en su casa”. Esa idea se me quedó fija desde entonces, sobre todo porque me lo dijo una persona que, en sus ratos libres, además de leer la prensa, leía libros, y ello hacía que tuviera temas muy interesantes de conversación. Otro ejemplo personal de la mediación de lectura lo tomo de mi profesora de Castellano y Literatura en el colegio, Nerva Meléndez, quien tenía por costumbre escribir este verso famoso de Antonio Machado en los exámenes de lapso a modo de epígrafe: “Caminante no hay camino, se hace camino al andar”. Con este gesto nos quiso inculcar que nuestra trayectoria está signada por nuestras acciones a lo largo de nuestra vida. Ojalá mis otros compañeros recuerden esas palabras del poeta, así la hayan escuchado después en la canción de Joan Manuel Serrat, y las conserven en su corazón.

En nuestros días cibernéticos tenemos otros mediadores de lectura: los *booktubers*, jóvenes lectores que comentan los libros que están leyendo en YouTube y demás redes sociales. Asimismo, diarios muy prestigiosos en el mundo como *The New York Times*, a través de *Book Review*, siempre divulgan listas de los más vendidos o reseñas literarias que ejercen influencia en nuestras decisiones lectoras.

Obviamente, si profesamos una religión, también nuestros catequistas, clérigos y feligreses nos harán llegar las obras claves según el credo correspondiente. Un ejemplo de esto último lo viví en clases de un eminente profesor de literatura medieval en la universidad, Germán Flores, quien nos dijo en una ocasión: “Una biblioteca sin la Biblia es una biblioteca incompleta”; o también esta: “Sé que son ateos, ¡pero lean la Biblia!”. Con estos modos tan peculiares de exhortación nos enseñó que la Biblia representa la base de la cultura judeocristiana, del mundo occidental, y que ha inspirado importantes obras de las bellas artes y de la literatura, majestuosos templos, estudios especializados y una vasta escala de valores que hasta

AGENDA PÚBLICA

los no creyentes siguen. No por casualidad es el libro más editado y traducido de la historia.

Por supuesto, hay figuras públicas muy influyentes que, apenas nombran un libro, la gente lo busca aunque sea por curiosidad. Bastó que un día Hugo Chávez comentara que estaba leyendo *El oráculo del guerrero* para que salieran los buhoneros a venderlo en las esquinas del centro de Caracas al día siguiente, o que le regalara a Barak Obama un ejemplar de *Las venas abiertas de América Latina* para que hubiera un pico de ventas en Amazon.

Al alcanzar ese gozo por la lectura, pasamos a ser clientes asiduos de librerías, bibliotecas, ferias del libro e inclusive plataformas virtuales, y nos convertimos, en consecuencia, no solo en la generación de relevo de los mediadores de lectura para nuestros hijos, alumnos y otros colegas, sino en creadores.

En nuestros días cibernéticos tenemos otros mediadores de lectura: los *booktubers*, jóvenes lectores que comentan los libros que están leyendo en YouTube y demás redes sociales. Asimismo, diarios muy prestigiosos en el mundo como *The New York Times*, a través de *Book Review*, siempre divulgan listas de los más vendidos o reseñas literarias que ejercen influencia en nuestras decisiones lectoras. Lamento no ver en la televisión actual programas de entrevistas tan serios e interesantes como *A fondo*, de Joaquín Soler Serrano, una oportunidad de conocer la trayectoria íntima y profunda de los escritores e intelectuales del siglo XX, sobre todo del orbe hispano, y que resultaba altamente esclarecedor.

Las instituciones educativas, instancias gubernamentales y editoriales van muy de la mano en estas estrategias para el fomento de la lectura. Esto fue abordado en el VI Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en Panamá en 2013, al que tuve la fortuna de acudir. El Ministerio de Educación de ese país (Meduca) fue la institución encargada de la organización junto con la Real Academia Española y el Instituto Cervantes, y movilizó desde

todos los rincones del istmo a 1.200 maestros de español. En este evento, la ministra Lucy Molinar hizo hincapié en que nuestros estudiantes no quieren ser receptores, sino productores; en tal sentido, si queremos que sean buenos lectores, es nuestro deber incentivar en ellos el deseo de contar sus historias. De hecho, obsequiaron a los asistentes libros editados por Meduca y la Red Nacional de Docentes de Español que recopilaban cuentos escritos por alumnos de diferentes provincias panameñas, para así dar a conocer los resultados de estos proyectos e invitar a otras personas a participar en ellos.

Estas acciones gubernamentales se inscriben en los planes nacionales de lectura. Varios países tienen estas iniciativas e invierten importantes recursos financieros, humanos y materiales en pos de estos objetivos. Los proyectos que comúnmente se efectúan dentro de este marco son concursos literarios, clubes de lectura, publicación de libros, alfabetización digital, promoción de autores nacionales, entre otros, y que son dirigidos a niños y a adultos. Así pues, el Estado y la empresa privada unen sus capacidades financieras y logísticas para sostener estos planes y convertirse también en mediadores de la lectura.

LA CREATIVIDAD LLAMA A LA CREATIVIDAD: LA MATERIA PRIMA DE LA ECONOMÍA NARANJA

Esa siembra que nuestros parientes, amistades y educadores han hecho en nosotros a lo largo de nuestra vida puede dar un fruto abundante: el gozo por la lectura, pues nos entretiene, informa, educa y nos hace alzar la mirada para admirar nuestro entorno o cuestionar nuestra realidad. El libro nos acompaña en las filas, en el transporte, en la playa, en nuestra intimidad e incluso nos conecta con una película, pinturas o un monumento histórico. Al alcanzar ese gozo por la lectura, pasamos a ser clientes asiduos de librerías, bibliotecas, ferias del libro e inclusive plataformas virtuales, y nos convertimos, en consecuencia, no solo en la generación de relevo de los mediadores de lectura para nuestros hijos, alumnos y otros colegas, sino en creadores.

Veamos dos casos aleccionadores: Andrés Bello desde muy joven acudía al convento de las Mercedes en Caracas a estudiar latín. Años más tarde, en Londres, incluso durante su época más difícil en sus finanzas familiares y estabilidad laboral, frecuentaba la biblioteca del Museo Británico para aprender todo cuanto pudiera. El fruto de esa semilla intelectual que germinó en tierras venezolanas e inglesas lo cosechó con creces en Chile, al punto de escribir una de las obras más influyentes en la educación lingüística hispana: la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, que se convirtió en el libro de cabecera de muchas generaciones hasta nuestros días. Gracias a su voracidad lectora, fue impulsor de medios impresos, de un Código Civil y hasta el primer rector de la Universidad de Chile. En su discurso inaugural, afirmó que todas las verdades se tocan, es decir, que todos los saberes se relacionan unos con otros.

El otro caso lo vi en la película *El niño que domó el viento*, basada en una historia de la vida real. William Kamkwamba es un joven de una aldea de Malaui que sufre los rigores de una sequía, lo que provoca una hambruna en la región. Aunque acude a la escuela, sus padres no pueden seguir pagándola, por lo que William no puede continuar sus estudios. Sin embargo, a escondidas y con la ayuda de uno de sus profesores, frecuenta la biblioteca escolar y lee con avidez los libros sobre ingeniería eléctrica. El resultado de esto es que, con materiales rudimentarios, construye un pozo de viento que permite extraer agua del subsuelo y, de esta manera, regar los terrenos. En definitiva, la creatividad conduce a más creatividad.

LA FERIA DEL LIBRO: VITRINA DE LA ECONOMÍA NARANJA

Si el libro es efectivamente el pivote de la economía naranja, las ferias del libro representan su gran vitrina, porque hoy en día ellas van más allá de un mero bazar de papel. Una feria del libro como Dios manda es un evento de reflexión cultural, cuyos espacios propician el encuentro, el debate, la bibliodiversidad y sobre todo la extensión de los contenidos escritos a

obras de teatro, cine, música, pintura, performances, videojuegos y demás manifestaciones artísticas que se retroalimentan. Esto hace que más y más profesiones se sumen en pos de un objetivo común.

Una feria bien pensada debe ir más allá de una agradable actividad de entretenimiento para la tarde de domingo con torres de libros en oferta. Incluso trascender los negocios de venta y cesión de derechos entre autores, traductores, agentes y editores. Es la oportunidad de congregarnos en torno a las ideas, a la memoria, a la creatividad, al pensamiento, al escrutinio de nosotros mismos como cuerpo social. Esta es la auténtica propuesta de valor y en esto debe orientarse la economía naranja. El visitante de una feria del libro debe salir de ella con una visión más amplia y renovada de su realidad que cuando entró, y ello se logra con actividades que trasciendan el espectáculo insustancial y efímero.

El asunto va más allá de los números y de los estados financieros. Muchas veces me pregunto si cuantificar los visitantes o el número de ejemplares vendidos son suficientes para determinar si una feria del libro es de alto impacto. No digo que sean indicadores superfluos para la mercadotecnia editorial, pero ¿cómo saber si el que asistió a la charla, conferencia o presentación sacó provecho de sus reflexiones, o si los que compraron libros efectivamente los leyeron? Quizá lo que determina la grandeza de una feria del libro es su prestigio basado en la generación de creatividad, lo cual atrae a muchos visitantes y, en consecuencia, mayor volumen de compras. Y ese prestigio —o posicionamiento de marca— se logra en la medida en que las personalidades de las letras, artes y ciencias deseen estar allí e interactuar de tú a tú con sus lectores, además de buscar, desde luego, que sus obras lleguen a otras audiencias gracias a editoriales que se las traduzcan o inclusive a otros países del mismo idioma. Esa posibilidad de ver en persona a esa ilustre dama o caballero les permite a muchas personas darles valor a sus textos, pues conocen al ser humano que se tomó el tiempo para entretener, informar, educar e inspirar a sus seguidores.

AGENDA PÚBLICA

Es por ello que en muchos países las ferias del libro son un evento altamente esperado y, claro está, su tamaño e impacto deja entrever cuán robusta es la economía naranja en esos lugares. Sin ir más lejos, la FIL Guadalajara es el gran acontecimiento de las letras del mundo de expresión española. Aquí vemos cómo las industrias creativas y la economía cultural trascienden fronteras al ser potenciadas por un idioma de escala global. Es obvio que ese estatus que ha alcanzado la FIL Guadalajara es producto de tres décadas de trabajo duro y de apuesta por el valor de la palabra, impulsado por la Universidad de Guadalajara. Pude comprobarlo cuando la visité en 2012: además de enormes, vistosos y numerosos stands mexicanos e internacionales, contaba con eventos pensados para profesionales —como congresos para traductores, correctores o editores—, presentación de libros con los grandes autores del momento, actividades para niños, centro de negocios, un pabellón del país invitado de honor pleno de novedades de gran atractivo, medios de comunicación diversos con cobertura continua de la feria, entre otras maravillas. Por cierto, una de esas maravillas era una zona con computadoras de alta gama, en las cuales se podía consultar el catálogo de todos los libros disponibles en la feria, con la indicación precisa del stand que los tenía. Incluso muchos hoteles de la ciudad tenían convenio con la FIL para trasladar gratis a los huéspedes a la Expo Guadalajara, su sede, así como atractivos descuentos con aerolíneas patrocinantes.

Si así es la FIL Guadalajara, ni hablar de la Frankfurter Buchmesse, considerada la feria más grande del mundo: es todo lo anterior y más. Aquí el libro como continente se repiensa: desde el audiolibro y el libro electrónico, pasando por los NFT, —*Non-Fungible Token*, es decir, activos únicos que no se pueden modificar ni intercambiar por otro que tenga el mismo valor—, hasta los nuevos desafíos de los derechos de autor ante obras de características disruptivas, lo que conlleva a nuevas consideraciones financieras. Por el talante global que ha alcanzado la feria de Fráncfort en 75 años, la lengua alemana coexiste con la inglesa, portaviones que transporta todas estas innovaciones

y que propicia el diálogo entre profesionales del libro y la cultura de todos los continentes. La economía naranja que reflejan Guadalajara y Fráncfort la resumo con una frase beisbolera: las Grandes Ligas.

CIUDADES NARANJA

Si existen urbes que son referencia por sus ferias del libro, existen otras que se caracterizan por ser capitales del libro. The World Index enumera las ciudades con el mayor número de librerías por cada cien mil habitantes para el año 2020. En primer lugar se encuentra Lisboa, luego Melbourne y, en tercer lugar, Buenos Aires. En esta última ciudad quiero detenerme, porque pude conocer de primera mano este fenómeno. Ciertamente, una de las cosas que más me cautivó de Argentina fue la numerosa cantidad de librerías para todos los gustos, desde librerías de viejo hasta la famosa Ateneo en la avenida Santa Fe: un antiguo teatro que congrega a la intelectualidad latinoamericana y mundial. Estos locales son auténticos puntos de encuentro, pues brindan espacios para tomar un refrigerio, conversar con los amigos, asistir a coloquios y echar un vistazo a las mesas y estanterías sin que nadie perturbe la estadía. Aunque hoy nos parezca increíble, los kioscos siguen vendiendo libros. ¡Incluso en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires vi una máquina dispensadora de ejemplares del Código Civil! Pero el espectáculo mayor lo contemplé en la avenida Corrientes: sin exagerar, por cada cuadra un peatón puede encontrar una librería, un teatro y un café, y lo mismo en la siguiente cuadra y en la cuadra de enfrente. Sumemos a eso academias de tangos por doquier, museos y una arquitectura neoclásica que dice mucho del esplendor de su pasado. Esa sinergia cultural ha sido un imán para el turismo en el Cono Sur, lo que convierte a Buenos Aires en una ciudad naranja que vale la pena imitar en nuestros países.

LA ECONOMÍA NARANJA EN VENEZUELA:
DEL ESPLENDOR A LA DECADENCIA

En Venezuela, la economía naranja parece engordar y adelgazar según los vaivenes del pe-

tróleo y de los gobernantes. En las épocas opulentas nuestro país fue un referente en la región, pues se fundaron importantes editoriales como Monte Ávila y Biblioteca Ayacucho, decenas de revistas, periódicos y, con ellos, los espacios para su venta, promoción y difusión: librerías frecuentadas por el *boom* latinoamericano; bibliotecas que sistematizaron su repertorio gracias a la labor de Virginia Betancourt; instituciones como el Consejo Nacional de la Cultura, la Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (Celarg) o el Instituto de Investigaciones de la Comunicación (Ininco); museos como el de Arte Contemporáneo de Caracas de la mano de Sofía Imber; el Banco del Libro para estimular la lectura en los niños y jóvenes; ni hablar de teatros como el Teresa Carreño, cine y demás producciones audiovisuales y musicales. El Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos alcanzó un estatus equiparable a los premios Cervantes o Juan Rulfo. Grandes diseñadores gráficos como Gerd Leufert, Nedo, Álvaro Sotillo o Santiago Pol innovaron la disciplina... Y me he quedado corto.

Ahora, en la época famélica, la reducción y desaparición de todos estos sectores es peor que la censura misma. Esta realidad la palpamos con el cierre masivo de librerías: una enorme cadena emblemática, como Las Novedades, que fue líder en la comercialización de textos escolares, libros populares y revistas, desapareció por completo. Recuerdo que, meses antes de clausurar, una de sus sucursales vendía botellas de agua, pues ya nadie entraba siquiera a fisgonear. Otras librerías pequeñas, si no bajaron sus santamarías de forma perenne, trocaron los libros por juguetes o artículos de oficina. Cadenas importantes como Tecniciencia o San Pablo están trayendo las últimas novedades desde España o Colombia con mucho esfuerzo, pero con costos prohibitivos para muchos ciudadanos. En varios estados del interior del país ni siquiera hay librerías. Las artes gráficas también están disminuyendo. El caso más impactante es el cierre de Ex Libris, la imprenta dirigida por Javier Aizpúrua, que fue un referente en nuestro país. Reprodujo, entre tantísimos trabajos, el *Diccionario de historia de*

Venezuela (de Fundación Empresas Polar), premiado con la Letra de Oro en 1999 en el certamen “Los libros más hermosos del mundo” en Leipzig, Alemania.

Si existen urbes que son referencia por sus ferias del libro, existen otras que se caracterizan por ser capitales del libro. The World Index enumera las ciudades con el mayor número de librerías por cada cien mil habitantes para el año 2020. En primer lugar se encuentra Lisboa, luego Melbourne y, en tercer lugar, Buenos Aires.

En una charla que *abediciones* organizó en 2022 en la UCAB, en ocasión de conmemorar el Día Internacional del Libro y del Idioma, Sergio Dahbar (editor), Miguel Pérez Carreño (impresor) y José Ramón Gutiérrez (distribuidor y librero) nos ofrecieron datos escalofriantes sobre el estado de la industria editorial de Venezuela que confirman lo que hemos enumerado antes: disminución de noventa por ciento de las librerías, tirajes de quinientos ejemplares o menos en la mayoría de los pocos títulos nuevos que salen, altos costos en las planchas y el papel por ser insumos importados, fletes elevados por la crisis de los contenedores, libros que deben ser vendidos a pérdida, regalías insignificantes para los escritores. En resumen, el negocio del libro se tornó híbrido: por un lado, se mantiene el criterio comercial y, por otro lado, se debe manejar el concepto de “fundación”, es decir, que mecenas apuesten por el libro y financien su edición. De otro modo, no habría forma de editar. Vemos, pues, que los últimos mohicanos seguimos trabajando para al menos dejar constancia escrita de tanta destrucción, con la esperanza de que los poquitos lectores que quedan sigan ejerciendo un contrapeso con nuevas creaciones.

Como la mejor publicidad que pueden recibir algunos libros es prohibiéndolos, el descalabro económico resultó ser el mejor censor. No hace falta entrar en detalles sobre la merma de diarios y cierre de emisoras de radio en todo el país, o cambio de líneas editoriales con la llegada de nuevos dueños de medios. Si bien el Esta-

AGENDA PÚBLICA

do venezolano sigue editando muchos libros a precios ínfimos o incluso de acceso libre en sus páginas web, sus editoriales se han transformado en espacios donde impera una sola manera de pensar. Es verdad que cada editorial tiene su política editorial y sus preferencias temáticas –y está bien y es necesario–, pero el espíritu no fue ese cuando se fundaron Monte Ávila y Biblioteca Ayacucho, por mencionar dos casas emblemáticas, y más aún tratándose de instituciones culturales del Estado, que se supone deben prestar un servicio público y no transformarse en un megáfono del partido gobernante.

Con respecto a las ferias del libro, aún se siguen organizando con mucho sacrificio y sentido de vocación, pero cada vez son menos y más pequeñas. Principalmente sobreviven la Feria Internacional del Libro de Venezuela (Filven, organizada por el Centro Nacional del Libro), la Feria del Libro de Caracas (organizada por Fundarte-Alcaldía de Caracas), la Feria Internacional del Libro de la Universidad de Carabobo (Filuc) y la Feria del Libro del Oeste de Caracas (FLOC) (organizada por la UCAB). Otras dejaron de organizarse, como el Festival de la Lectura (organizado por la Alcaldía de Chacao) o la Feria Internacional del Libro del Caribe (Filcar, organizada por la Universidad de Margarita). Todas ellas se transformaron en estos años del siglo XXI en vitrinas de la polarización política, pues dependiendo del espectro ideológico en el que se ubiquen los organizadores, vemos que los libros, escritores homenajeados y países invitados de honor se reparten para cada lado sin leerse ni dialogarse. Al recorrer sus stands y caminerías, concluimos que se han transformado en ferias del libro usado. Y es que en nuestra nación el libro usado ha adquirido una nueva vida comercial gracias a las bibliotecas personales que dejó la diáspora, y también porque ocupa el espacio que las novedades editoriales locales y foráneas no han podido llenar.

Como resultado de tales condiciones, nuestra microeconomía naranja no nos permite caminar a la par del mundo en cuanto a las innovaciones, creaciones e ideas que se discuten en este momento. El desfase se palpa en todos los sectores, inclusive en los educativos, es de-

cir, nada más y nada menos que en el semillero de este concepto de economía. Como muestra de este desfase, apenas ahora se está hablando en Venezuela sobre las humanidades digitales, cuando esta nueva disciplina no solo ya se ha ido consolidando en otros países desde hace un par de lustros, sino que existen incluso centros de investigación, congresos, carreras de posgrado y revistas especializadas dedicadas a su estudio.

El corolario de esta decadencia es el cambio de hábitos de lectura y la calidad de los escritos en las redes sociales. Antes era frecuente ver en los vagones del Metro de Caracas personas leyendo libros o periódicos, ahora muy poquitos mantienen sus ojos en las hojas, mientras que los demás solo mantienen la mirada perdida en el horizonte, deseando llegar rápido a sus destinos. Los estudiantes leen más en pantalla que en el papel, pero cada vez menos cantidad de palabras. En la sala de un hospital público, mientras cuidaba de mi madre en mis guardias, notaba que era yo el único que leía un libro; en cambio, los demás parientes de las otras pacientes solo hacían *scrolling* en sus celulares y apenas vi a un señor leer un tabloide. La calidad de lo que la gente lee es cada vez más precaria, y es consecuencia de todo lo anterior.

LAS ESCUELAS Y UNIVERSIDADES: SEMILLEROS DE LA ECONOMÍA NARANJA EN CRISIS

Para dar valor a las cosas hay que tener cultura. Caminamos a menudo por nuestras calles a gran velocidad y vemos las edificaciones históricas que aún siguen en pie... sin ver nada. Eso sentí hace un par de meses en una visita guiada por el casco histórico de Caracas. Ese día conocí historias poco difundidas de la ciudad y también la simbología implícita en las fachadas. En el instante en que se construyeron, la ciudadanía de entonces conocía el simbolismo en ciertos ornatos arquitectónicos y les daba valor, pero en algún momento ese conocimiento no se transmitió a las siguientes generaciones y llegó un punto en que la mayor parte de la población ignora por completo su significado. Ni idea del origen de los nombres de las esquinas de la ciudad. Cuando esto su-

cede, le da lo mismo si la edificación histórica se derrumba o no, porque no le dice nada. Hace años, una profesora le preguntaba a una persona en el centro dónde quedaba el Palacio de las Academias; el interrogado pensó que le estaban preguntando por una tienda llamada El Palacio del Blumer. Parece chiste, ¡pero es anécdota!

Lo mismo percibo con la religión y los templos: unos los visitan como si fueran museos y no como centros de oración y recogimiento —así lo noté hasta en Santiago de Compostela—, otros van cuando toca un bautizo, confirmación o una boda y no siguen elementales normas de etiqueta y comportamiento. Para dar valor a los elementos claves de una fe, hay que tener cultura religiosa, pues de lo contrario una misa no dice nada.

¿A dónde quiero llegar con estos ejemplos? No es necesario ser historiador profesional para dar valor a nuestro patrimonio cultural. Se requiere inculcar este respeto desde la escuela, y eso se logra —entre otras acciones, claro está— con la formación de lectores. La escuela primero y la universidad después son los semilleros de la economía naranja, pues si de aquí los hombres y mujeres no salen lectores, ¿cómo tendremos seres pensantes y creativos?, ¿cómo lograremos que las librerías y ferias del libro sean concurridas?, ¿cómo lograremos que den valor al patrimonio tangible e intangible y lo empleen como materia prima para el desarrollo profesional?

La formación de lectores va casada con la calidad de la educación. Es en la escuela donde se supone que los niños comenzarán a conocer el mundo: su historia, su geografía, sus idiomas, su naturaleza, su sociedad, sus leyes, su orden numérico, su cultura artística y literaria, su pensamiento, la materia, el cuerpo humano, su lugar en el universo... Luego, su vocación y sus circunstancias harán que escojan especializarse en alguna de tantas alternativas que el mundo les provea. Para todo ello hay que leer, y los docentes son los principales encargados de llevar de la mano a sus pupilos para que esa experiencia sea efectivamente fructífera. Pensar que esa tarea solo le incumbe al profesor de lengua y literatura es absurdo, pues en todas

las áreas del saber el conocimiento nos viene en gran medida a partir de la escritura. Aunque estudiemos matemáticas, hay que leer. Así me lo hizo entender precisamente un colega cuando empecé a dar clases hace quince años: “Para entender un problema matemático, hay que saber leer”. Además, la lectura fomenta un desarrollo cognitivo considerable que en nuestros tiempos se advierte cada vez más necesario, en especial en la infancia y juventud.

Una economía naranja fuerte es el reflejo de una genuina sociedad del conocimiento en sintonía con los nuevos tiempos. Bien llevada, es un círculo virtuoso. Pero luego de explorar el estado calamitoso en el que se encuentra nuestra Venezuela en materia cultural y educativa, luce utópico pensar que la economía naranja sea en efecto un sector productivo de alto impacto en estos momentos.

Mucho se ha discutido al respecto. El consenso general parte del principio de que, si el profesor no tiene el hábito de la lectura, no transmitirá ese gusto o siquiera esa necesidad al estudiante; no será pues, un efectivo mediador de la lectura. Pero me temo que las cosas son más complicadas en nuestro país. Hemos presenciado desde hace años ruidosas protestas del magisterio, en las cuales se implora invertir en todo lo necesario para proveer educación de categoría. Es difícil exigir a los maestros que se mantengan al día y lean libros cuando ellos no ganan suficiente para alimentarse, vestirse o trasladarse. Es difícil exigir que haya bibliotecas actualizadas cuando en muchísimas instituciones no tienen ni pupitres, agua potable o techo para guarecerse de la lluvia o del sol. Es difícil exigirle a un niño o adolescente leer libros si no es capaz de pensar porque padece de desnutrición. Estas fallas estructurales son crónicas y ya estamos viendo las consecuencias. En condiciones normales, por ejemplo, un niño en cuarto grado de primaria ya aprende a conjugar verbos; en la actualidad, en escuelas públicas, los niños son promovidos grado tras

AGENDA PÚBLICA

grado sin ni siquiera decodificar las letras. Este hecho es cada vez más generalizado y estas fallas estructurales ocasionan un elevado índice de deserción académica. En 2022 la Escuela de Educación de la UCAB reveló que tanto en matemática como en lectura el rendimiento está por debajo de los diez puntos, la mínima nota aprobatoria. En este escenario, y como lo advertí en un apartado anterior, si el semillero de la economía naranja flaquea, no habrá creatividad ni competencias relevantes que la sostengan.

¿EN QUÉ QUEDAMOS?

En este ensayo he querido demostrar que la economía naranja es el resultado de la concatenación de saberes humanísticos y técnicos que tienen como germen la lectura. En la medida en que la colectividad desarrolle el hábito y el gusto por ella, que lean contenidos de calidad, no solo fomentará el crecimiento de la industria editorial, sino también el ingenio para crear nuevos inventos y productos que a la larga generarán valor tanto económico como patrimonial y moral. Una economía naranja fuerte es el reflejo de una genuina sociedad del conocimiento en sintonía con los nuevos tiempos. Bien llevada, es un círculo virtuoso. Pero luego de explorar el estado calamitoso en el que se encuentra nuestra Venezuela en materia cultural y educativa, luce utópico pensar que la economía naranja sea en efecto un sector productivo de alto impacto en estos momentos.

¿Posible? Sí, pues, a pesar de todo, aún tenemos escuelas en nuestras universidades con capacidad para formar el talento humano necesario para tal fin. ¿Inmediato? No, porque la magnitud del daño es inconmensurable: solo pensar en las cifras que recoge la Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (Encovi) nos hace concluir que es casi inalcanzable la meta de ser un país de creadores. Así que el desafío que tenemos por delante es titánico y de largo plazo.

Pero nada de esto es gratis, es más, la educación gratuita no existe. Lo que sí existe es quién la paga, y si el Estado, las empresas y los estudiantes no están dispuestos a hacerlo, el resultado es la ruina total. Así están las uni-

versidades autónomas: con alumnos que demoran diez años en graduarse de pregrado, con posgrados desiertos, con bibliotecas clausuradas —o incineradas, como pasó en la Universidad de Oriente—, con centros de investigación desvalijados por la delincuencia, con profesores infravalorados, y tantas desgracias más que dejarán honda huella en las próximas décadas en el cuerpo social venezolano de no revertirse. Dentro de esos siete millones y medio de merma demográfica producto de la emigración están millares de profesores y millones de alumnos. El vaticinio con el que inicié este ensayo infelizmente se cumplió.

Por supuesto que están en marcha iniciativas para intentar enderezar el barco desde instituciones educativas y empresas privadas con un poquito más de músculo, pero para alcanzar una mayor escala de impacto, se requieren muchas manos, tejer una red de apoyos clave despartidizadas y condiciones óptimas de funcionamiento de todo el sistema educativo del país. A medida que esto se logre, poquito a poco veremos una economía naranja que sea el reflejo de la libertad de creación, de pensamiento y de expresión, motores del progreso humano. Parece más fácil echar agua en la arena.

COLOFÓN

Estas líneas las escribo justo en el momento en que ha entrado a escena la inteligencia artificial (IA) y el programa ChatGPT. Cuando hasta ayer pensábamos que el ser humano sería insustituible en trabajos basados precisamente en la creatividad, la IA nos advierte que también puede actuar en este terreno. Ni el metaverso había provocado tantos temores. Es muy pronto para hacer vaticinios, pero solo me plantearé una pregunta: ¿realmente la economía naranja necesitará de lectores?

RICARDO TAVARES LOURENÇO

Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello. Coordinador del Programa de Estudios Avanzados en Gerencia Editorial Universidad Católica Andrés Bello.